

—¡Escucha, Simón!

Este se tapó los oídos.

—¿Habéis oído algo, señorita Mireta?—tartamudeó con dificultad.

—Me ha parecido que alguien andaba por el bosque.

Simón no quiso siquiera enterarse de lo que decía Mireta, y las palmas de sus manos seguían pegadas sobre entrambos oídos; pero lo que el miedo le hacía conjeturar era mucho más horrible de lo que en verdad ocurría.

Sus dientes chocaban entre sí mientras decía:

—La otra noche penetró en casa de maese Chocard, el calcetero, también por la ventana del bosque. El fantasma dejó por muerto tendido en el suelo al aprendiz, que era precisamente de mi edad.

—¡Sí, andan, oigo pasos, estoy segura de ello!—gritó Mireta casi desmayada.

Y como vió que Simón no la había oído, le asió por ambas manos, apartándoselas de las orejas.

—Escucha—le dijo agotando el último resto de energía:—eres un hombre, ¡ayúdame, pues! ¡Quizá no nos quede más que este recurso para salvarnos!

—¡Ay, Santo Dios, Santo Dios!—exclamó el pobre muchacho deshaciéndose en lágrimas.—Si tratáis de defenderos os hará sufrir mil muertes; por el contrario, si no os meneáis sólo os romperá tal vez las cuatro extremidades y algo más; yo estoy por no moverme.

Mireta le sacudió con toda su fuerza. Era verdad que se oían pasos cerca de la ventana.

—¡Harás lo que yo haga!—gritó la joven con voz imperiosa,—y mientras cierro yo una ventana, tú cerrarás la otra.

Simón elevó ambas manos al cielo y exhaló un profundo suspiro que parecía que salía de lo más re-

cóndito de sus entrañas. Mireta lo empujó con la fuerza de un hombre.

—¡Bien!—decía el pobre mancebo medio desvanecido,—¡bien! Si esta es la hora de mi muerte, que Dios perdone mis pecados. Pero os habéis de encargar vos de la ventana que mira al cementerio.

Mireta no respondió, limitándose á conducir á Simón hasta la abertura que caía del lado del Mercado. Luego marchó la niña resueltamente hacia la otra ventana.

III

JUAN RUBIO Y JUAN MORENO

Aquella segunda ventana era verdaderamente el sitio de honor; era por la que Mireta había visto la sombra que se agitaba entre los árboles, y á través de ella penetraba el rumor de las pisadas, empujado por el aire húmedo del cementerio. El pobre corazoncito de Mireta latía con violencia suma; en cuanto á Simón, no había fuerza humana que le hubiera hecho afrontar los peligros de esta terrible ventana.

Era ya bastante para él atreverse á cerrar la otra abertura. Así que Mireta le hubo soltado, empezó á andar muy despacito y volviendo atrás la cabeza á cada paso que daba.

—Anda, espabílate—dijo la joven, que estaba ya dedicada á la maniobra;—este barrote es demasiado pesado y no puedo con él.

Simón tomó con todas las precauciones la cuerda que hacía girar la ventana, pero retiró precipitadamente los dedos, como si se hubiera quemado. Iba á emprender de nuevo la operación, cuando una fuerte ráfaga de viento azotó los postigos haciendo bailar los cristales.

Casi al mismo tiempo un hombre se introdujo por la ventana, de un salto sin tocar el antepecho, y Simón creyó de buena fe que el huracán lo había traído.

—¡El lobo fantasma!—gritó cerrando los ojos por no ver la horrible aparición.

Así, entre ciego y alocado, echó á correr huyendo, chocando con las mesas, derribando los taburetes y yendo á parar, atraído por el instinto hacia donde estaba Mireta, que era entonces su única protección. Apenas había llegado cerca de ella, oyó que la niña daba un espantoso grito, lo cual le obligó á abrir los ojos á pesar suyo. Vió de pie, en el descanso de la ventana, un segundo aparecido, un segundo lobo fantasma, un no sé qué tan temible y prodigioso, que Simón creyóse valiente al ver que no había caído muerto al instante.

—¡El caballero Juan!—murmuró dulcemente Mireta.

Pero Simón no pudo oír estas palabras, porque el segundo hecicero pegó un salto á pies juntillas, apoyando sus manos encima de los hombros del pobre muchacho para disminuir un poco la violencia de la caída. Mireta en tanto apoyábase en el marco de la ventana, muy conmovido el corazón y bajos los ojos.

Pero ahora viene lo más original del caso: los dos fantasmas que acababan de penetrar casi al mismo tiempo por las dos opuestas ventanas repararon á la vez mutuamente el uno en el otro, y así que se hubieron divisado tiraron en el acto de los enormes chafarotes que llevaban respectivamente al cinto y cada uno de los cuales medía quizá una toesa de largo. Abalanzáronse los dos al encuentro sin más previa explicación, y empezaron á saludarse recíprocamente con una lluvia de estocadas, como si fueran dos furiosos enemigos.

Si el hijo del guapo correo Nicolás se hubiera hallado en disposición de filosofar habría deducido de eso que á dos lobos fantasmas no les place encontrarse dentro de una misma sala de mesón. Pero le faltaban tres cuartas partes de vida al sin ventura Simón; así es que mientras oía aquel espantoso estrépito de hierro y armaduras se decidió á quedarse inmóvil, con la frente hundida en el polvo del pavimento.

Al primer choque de espadas, la jovencita Mireta había echado á correr gritando: ¡Socorro! Los dos fantasmas se batían cara á cara, y cualquiera habría creído que aprovechaban con gusto la ocasión pues las cuebilladas caían como granizo, y los contendientes peleaban con tanto brío que en menos de un minuto los jubones y las capas quedaron abiertos de arriba abajo en muchos sentidos.

Es de creer que Mireta conocía por lo menos á uno de los dos fantasmas, puesto que le había apellidado el caballero Juan, como si fuera un cristiano. Añadiremos, además, que cuando la niña cruzó el salón en demanda de socorro había vuelto atrás la cabeza con marcada ansiedad, como si temiera por la vida de uno de entrambos combatientes.

La cosa se irá comprendiendo á medida que se sepa que los dos fantasmas que habían puesto á Simón en tan triste estado no eran más que dos guapos jovencitos, de los cuales el mayor llegaba apenas á los veinte años de edad; casi mejor podríamos decir dos niños, ya que á duras penas les sombreaba el labio superior, anunciando el advenimiento de su respectivo bigote.

Uno de ellos se asemejaba mucho á la visión que había acariciado Mireta; era exactamente aquel rostro altivo de paje que sonreía bajo los bucles de sus negros cabellos.

Porque hay que decirlo: los dos atolondrados mo-

bitos sonreían, mientras se tiraban estocadas capaces de traspasar hasta las mismas armaduras de acero. Sobre sus pechos no se veía más que paño ó terciopelo, y sin embargo, al oír aquellos golpes desafortunados hubiérase dicho que se trataba de traspasar la coraza de siete pieles de toro del célebre Ajax, hijo del famoso Telamón.

La cara del otro joven era más seria, más dulce y más noble. Cuando arrojó su bonete lejos de sí, hacia atrás y sacudió la cabeza como un leoncito joven que entra por primera vez en la pelea, inundaron sus hombros los rizos de una cabellera rubia, sedosa y blonda como la de una mujer.

Era preciso que el pobre Simón estuviera rematadamente deslumbrado para llegar á confundir á aquellos dos graciosos querubines con los repugnantes lobo-fantasmas de los cementerios. Y fué lástima grande que su combate no tuviera testigos, porque los dos niños estaban graciosos y soberbios esgrimiendo las armas como unos pequeños héroes. Sus espadas describían á la luz de la lámpara anchos y veloces círculos de fuego, y si no se habían ya aniquilado diez veces en otros tantos minutos, era porque hay un Dios que protege á los niños audaces que se entregan demasiado pronto al juego terrible de las batallas.

Expirados los diez minutos, empezaron á respirar difícilmente, y los pesados aceros fatigaban ya un poco sus jóvenes brazos; copiosas gotas de sudor brillaban en su frente y su respiración se volvía difícil.

—¡Canario!—exclamó el hermoso paje de los negros cabellos.—¡Manejáis ese chisme como un ángel, camarada!

—No mejor que vos, compañero—respondió el arrogante joven de los cabellos rubios.

—¡Para vos, va!—gritó el primero.—¡Y tened cui-

dado en no tropezar con ese fardo que está ahí tendido en el suelo!

El consejo podía ser caritativo, pero llegaba un poco tarde, pues el bello caballero de la cara pálida y dulce se había ladeado para defenderse del ataque del adversario, viniendo á enredarse sus pies entre los pliegues de la ex camisa, demasiado holgada para el hijo del correo Nicolás.

Vaciló un momento y puso una rodilla en tierra para no caer á lo largo. El otro, aprovechando esta coyuntura, dió un paso adelante y le puso la punta de la espada en el cuello.

Pero en vez de herirle, mostró con una franca sonrisa una hermosa hilera de dientes blancos, y dijo:

—Comarada, os pido una suspensión, si gustáis concedérmela.

El otro frunció ligeramente las cejas mientras replicaba:

—Sí, luego.

Desvió rápidamente de un quite la espada que seguía amenazándole de cerca, y levantándose como una exhalación, arremetió al paje con la velocidad del rayo, y el paje empezó á ceder. Un momento después éste caía al lado de su espada, que acababa de saltar de entre sus dedos.

—Ahora, compañero—dijo el hermoso jovencito rubio inclinándose cortésmente,—soy yo quien os pide tregua, por si os gusta concedérmela.

El paje se puso en pie algo confuso. Los dos mocitos permanecieron así un momento mirándose con atención.

—¡Y bien, compañero!—dijo sonriendo el vencedor.—¿Por ventura alimentáis odio contra mí? Vos habéis tenido la primera ventaja, yo la segunda. Si jugamos la tercera partida, será sólo porque vos os empeñéis en ello.

Sus jóvenes y francas miradas su cruzaron un corto espacio de tiempo; no se habían visto jamás, y sin embargo, era evidente que empezaba á unir á los dos mocitos una corriente de simpatía y afecto.

—¡Vive Dios!—dijo el paje tendiendo su mano desarmada,—no nos faltará tiempo para empezar otra vez si queremos.

El otro joven le tomó la mano, estrechándosela con vehemencia. Mireta, que observaba desde la entrada del salón, pálida, desencajada y reprimiendo el aliento, juntó sus bellas manecitas dando gracias á Dios.

—Hemos tirado de la espada con demasiada precipitación—dijo el paje;—así es que no he tenido tiempo de dirigiros una pregunta, de la cual ha de depender el fin de nuestra partida. Os ruego que me digáis por quién habéis venido aquí.

Tiféronse las pálidas mejillas del hermoso jovencito de un vivo carmín, que hacían resaltar más los bucles rubios de sus cabellos.

—¿Qué os importa eso?—contestó con amenazadora altivez.

—Vamos, pues—dijo el paje, volviendo á empuñar con tristeza su espada.—Será preciso que juguemos la tercera suerte.

Mireta, tan alegre en aquel momento, volvió á temblar de pies á cabeza. La pobre niña se había quedado allí atraída por esa curiosidad punzante que oprime el corazón y clava los pies en el suelo. El combate entre los dos jóvenes había sido tan violento y furioso, que la voz de Mireta se le ahogó dentro de la garganta después de articular el primer grito de alarma. No se movió del sitio en que se hallaba, y había ido siguiendo con ansiedad, y como presa de una fascinación, los inflamados círculos que describían las dos espadas.

Pero ahora la joven estaba ya repuesta de su emo-

ción y se sentía con aliento para gritar hasta no dejar que durmiera uno solo de los que se albergaban en el mesón, caso de que se repitiera la lucha. El paje se hizo un poco atrás y púsose en guardia. Esta vez ya no sonreía.

—No es por mera curiosidad el que os haya dirigido esta pregunta, camarada—dijo en tono muy grave y formal;—sólo que tal vez la he formulado mal, y por eso voy á dirigirosla de nuevo. Vuestros secretos no pertenecen más que á vos, así como los míos sólo á mí pertenecen; os preguntaré, pues, una cosa exclusivamente: ¿Ha sido por la joven que estaba aquí hace un momento por la que habéis penetrado de noche en esta posada, asaltándola, como acabáis de hacer?

Mireta apretó su corazón con ambas manos, y pensó mientras se le arrasaban en lágrimas los ojos:

—¡Era, pues, por mí por quien estaba exponiendo su vida!

No se paró siquiera á oír la contestación del hermoso caballero, quien replicó con un acento que revelaba la más ingenua franqueza:

—No, compañero; no era ciertamente por la joven que estaba aquí hace poco por quien he penetrado en esta posada.

La cara del paje resplandeció de alegría; envainó con aire de matachín su descomunal chafarote, y en seguida precipitóse sin ceremonia alguna sobre su adversario con los brazos abiertos y gritando con júbilo:

—¡Por vida mía! ¡Me dais mayor satisfacción que si la señora regente me hubiera nombrado capitán! Por mi Santo Patrón os digo que si quisierais podríamos formar entre los dos un excelente par de amigos.

Y sin aguardar la contestación, dirigióse á una mesa vecina, encima de la cual se había quedado

olvidado un jarro vacío. El jarro tambaleó un corto espacio por la mesa, hasta que por fin se fijó, quedando boca abajo, á manera de un morrión á la antigua usanza.

—¡Vino, vino!—gritaba el paje.—¿Es que ha muerto todo el mundo en esta posada? ¡Venga vino!

Mireta había entornado la puerta, y no estaba para presentarse en aquella ocasión. Simón seguía haciéndose el muerto, y tenía la cara pegada en el pavimento del salón.

—Es preciso que bebamos juntos—continuó el paje, mientras acababa de aplastar el jarro, que había llegado ya á la última pregunta.—Necesito que sepáis mi historia y que vos me contéis la vuestra. ¡Vamos allá! ¡Patrona, patrón, gente de la casa, venga vino!

—También podríamos conversar y divertirnos sin beber—observó, sin esforzar la voz, el caballero.

—Eso, ¡nunca!—replicó el paje, y divisando al pobre Simón, que seguía tendido cuán largo era, añadió:

—¡Eh, holgazán, bribón de establo!, ¿es que no sirves más que para hacer tropezar á los hidalgos que defienden noblemente su vida? ¡En pie, villano, y tráenos vino!

Simón no se movía ni por esas; en vista de lo cual el paje le largó una buena sacudida con la vaina de la espada. El hijo del correo Nicolás empezó á brincar como un saltamontes, dando furiosos aullidos.

—¡En pie te digo!—repitió el paje.

Simón obedeció esta vez, y la presencia de los dos mocitos, que notó al levantarse, le infundió un poco de valor; así es que miró, no sin temblar aún todos sus miembros, á una parte y otra.

—¿Por dónde se han marchado?—tartamudeó.

—¿Quién?—preguntó el paje.

Simón reconoció por última vez la sala, para cerciorarse bien de que los objetos que le atormentaban habían por fin desaparecido, y respondió:

—¡Tomal..., los dos lobo-fantasmas.

El paje se echó á reír con estrépito; había adivinado el sentido de las palabras de Simón.

—Ese caballero ha dado cuenta de uno—replicó designando á su camarada, y yo he destruido al otro.

Simón abrió unos ojos enormes y registró de una mirada todo el aposento, sin olvidarse de examinar las mesas por debajo.

—Sí, por cierto—murmuró.—Es verdad que he oído el choque de una descomunal pelea... pero ¿en dónde están los cadáveres de los vencidos?

—¡Bendito sea Dios!—exclamó el paje;—los lobo-fantasmas no tienen cuerpo. No te olvides de esta verdad y corre á buscarnos vino.

Mientras esto decía, el paje empujó á Simón por las espaldas hacia la puerta del comedor. El mozo de la posada dirigióse á la bodega para proveer de vino á los huéspedes, y á medida que andaba iba diciendo para su capote:

—¡Es natural! ¡Es evidente! Los fantasmas no tienen cuerpo... Y sin embargo—añadió sobresaltado,—he sentido bien el contacto de sus garras cuando aquél ha caído sobre mí.

Pocos minutos después estaban ya colocadas sobre la mesa una jarra llena y dos grandes vasos de metal. Entrambos contendientes, sentados uno enfrente del otro, departían con el aire más afectuoso del mundo; el paje decía:

—¡A vuestra salud, caballero Juan!, ya que esta es también vuestro nombre.

—Caballero Juan, ¡á vuestra salud también!—respondió el arrogante joven, llevando á sus labios un vaso lleno de vino.

—¿Sería indiscreción preguntar cuál es vuestro nombre de familia?—insinuó el paje.

—No sé que tenga ninguno. ¿Y vos?

—Yo no estoy mucho más adelantado tampoco. El señor de Graville, á quien yo sirvo, me ha hecho inscribir en sus compañías bajo el nombre de Juan Roldán; pero éste puede pasar también por nombre de pila; así es que no respondo sino á los que me llaman Juan á secas.

—Entonces á menudo nos confundiremos, compañero. Vos me llamaréis Juan, yo os llamaré Juan, y no ha de faltarle diversión al diablo si quiere entendernos.

—Hay un medio de aclarar este llo—dijo el paje;—mis cabellos son más negros que el carbón, y puedo, por lo mismo, ser *Juan Moreno*. Vos, por el contrario, los tenéis más dorados que Febo, y podéis pasar así por *Juan Rubio*.

—¡Bravo, eso es!—dijo Juan Rubio, sonriendo con toda su alma;—he aquí concluido este negocio.

—Y bebamos con tan fausto motivo—añadió en tono sentencioso el otro Juan.

Y engulló su enorme vaso, en tanto que su compañero sorbía modestamente dos ó tres tragos.

Es preciso que lo repitamos: eran dos niños monísimos, y que lo parecían más aún cuando estando juntos resaltaba el contraste de sus fisonomías. Juan Moreno había vivido más, por decirlo así, y su existencia había sido más agradable y afortunada; estaba avezado á correr mundo, sobre todo, el mundo corrompido, apasionado, pendenciero, que solía ser en aquella época la atmósfera que rodeaba las casas soberanas: sabía tal vez demasiado lo que no tenía necesidad alguna de saber; pero, para dicha suya, su corazón se negaba á dar entrada á las bur-las del descreimiento, que pugnaban por apoderarse de su espíritu. De todos esos combates é impre-

siones llevaba impresas las huellas profundas en el rostro, de lo cual era manifiesto indicio el aire despierto, atrevido hasta la temeridad, guasón, pero franco, y picaresco, pero bondadoso, que le distinguía.

Era un acabado tipo de soldado del siglo xv.

Juan Rubio presentaba un carácter más serio, más tímido y más ignorante de las cosas del mundo. Hubiérase dicho de él, en algunas ocasiones, que salía de un claustro ó de una ermita. Experimentaba las candorosas sorpresas del niño, y muy á menudo su frente se cubría de una palidez y unas sombras llenas de misterios. Sus ojos no estaban inflamados, como los de su compañero, por el fuego de la provocación y de la audacia; pero cuando levantaba sus pupilas impulsado por la indignación ó la sorpresa, destacábase de ellas el severo orgullo del hijo de un rey.

¡Pobre Juan Rubio! A pesar de su corte aristocrático, sus hermosos cabellos caían sobre una capa de paño poco delicado y muy raído; la empuñadura de su espada era de hierro, y á través del terciopelo de su ropilla podían contarse los hilos de su tejido. Se necesitaba, en verdad, toda la gracia y altivez de su talle y toda la distinción de su semblante para realzar un poco la modestia y humildad de su atavío.

Por lo que hace á Juan Moreno, iba vestido con toda la elegancia que su estado requería; y si bien es verdad que empezaban á estar gastados los codos de su túnica de terciopelo, era esto debido tan sólo á que los frotaba con demasiada frecuencia por las mesas de las tabernas y mesones. Así que hubo bebido, tendió la mano á Juan Rubio, que se la estrechó afectuosamente.

—¡Por vida mial, ¡vaya qué manecita tan blanca tenéis!—exclamó sorprendido el paje.—¿Y es con

esto con lo que manejaís vuestra espada? Y ¡por mi Patrón!, compañero, que no la manejaís mal; como que si hubieseis querido...

—Paréceme—dijo Juan Rubio—que también yo podría dirigiros un cumplido semejante. De los dos no soy yo ciertamente quien ha sido hoy más pronto generoso.

—Os lo diré en dos palabras: cuando he visto mi hoja de acero ennegrecida cerca de vuestro blanquísimo cuello (porque, no os ofendáis, camarada, tenéis todo el aspecto de una niña disfrazada de hombre), no me he acordado ya para nada de lo mucho que me habíais dado que hacer. Me ha parecido, de repente, que erais un niño endeble y delicado; no sé qué ha pasado entonces por mí, pero me he sentido conmovido y me ha aterrado la idea de que iba á cometer un asesinato.

—Eso arguye buen corazón, amigo Juan—replicó con grave seriedad el arrogante mocito,—y os agradezco que hayáis tenido compasión de mí.

—¡Por Belcebú!—gritó el paje,—no puedo jactarme mucho, porque había mayor distancia de la que yo pensaba entre mi estoque y vuestro cuello de raso, bello príncipe mío disfrazado... Pero no hablemos más de eso; me considero muy honrado con poder decir: Estamos en paz, pues hemos quedado iguales...

—¿Qué tal anda vuestra bolsa? ¿está bien provista?

Juan Rubio se encendió como una grana hasta la raíz de los cabellos.

—Yo soy muy pobre—respondió, borrando de sus labios la dulce sonrisa que por ellos vagaba siempre.

—¡Y bien!—exclamó Juan Moreno,—¿no tenéis por ahí recursos suficientes para tomar un aire de circunstancias? Yo os facilitaré otro tanto, camara-

da; verdad que el diablo danza muy á menudo por dentro de mi bolsa; mas no por eso me aflijo y pierdo la salud..., y os juro, á fe de buen muchacho, que con una espada como la vuestra, en los dichosos tiempos en que vivimos, no debe uno ser pobre larga fecha.

Juan Rubio parecía entregado á una dulce enajenación.

—Si uno pudiera abandonarse á los recuerdos de la infancia—murmuró como hablando consigo mismo,—yo afirmaría que no siempre he sido pobre. Cuando me traslado á mis primeros días, véome en medio de grandes salones con artesonados riquísimos; preciosos tapices y brocados cubren las paredes, y sobre las sillas señoriales se levantan espléndidos doseles, coronados de nobilísimos escudos de armas. Y en medio de todo este lujo distingo gran número de criados que se agitan, de hombres de armas y de colonos, cazadores y picadores que llevan encadenados á muchos perros grandes y escuálidos, pero feroces como lobos. Veo también una mesa enorme cubierta de plata y vajilla. Oigo á lo lejos la voz del cuerno de caza y muy cerca el ruido de las cadenas del puente levadizo...

—Pero ¿qué?—interrumpió Juan Moreno.—¿Os habéis propuesto contarme una balada, camarada?

El hermoso doncel volvió á cubrirse de vivo carmín, y se calló.

—Si tenéis buena memoria—añadió el paje,—habéis perdido, en cambio, la sed, puesto que en el tiempo en que yo he vaciado tres vasos vos habéis sorbido apenas la mitad de uno. Yo también guardo algunos recuerdos de la infancia, pero son al revés de los vuestros; yo era todavía más pobre antiguamente de lo que soy ahora. Tengo idea de una humilde cabaña que se levantaba en medio de la selva, de unas paredes ruinosas y ennegrecidas por el

humo y de unos cuantos bancos desvencijados y taburetes cojos... Mi cama era de paja, y me parece aún estar viendo una maldita mesa medio carcomida, en donde faltaba con frecuencia el pan. Veía también á un hombre flaco y encorvado como un enfermo, vestido siempre con una escueta sotanilla de sarga abrochada de arriba abajo, que nos visitaba de vez en cuando. Y digo *nos* porque yo no estaba solo, pues tenía á mi lado á una hermanita, que era una preciosidad, y á quien quería yo más que á las niñas de mis ojos. A ese hombre triste, macilento y alto de estatura le llamábamos nuestro padre. Era muy bueno, nos amaba con todo su corazón, y aunque á veces hablo de él alegremente, amigo Juan, no hace muchos días que se asomaron lágrimas á mis ojos al recordar su pálido semblante lleno de dolor y rodeado de una selva de cabellos que caían sobre sus hombros como las llorosas ramas de un sauce. Un día mi pobre hermanita fué robada, sin duda, por los gitanos que vagaban por aquellos contornos, y una semana después se presentó gente á buscarme para ser conducido al palacio de la Marche, en donde debía ser castigado en lugar del niño Juan de Armagnac, que tendría nuestra edad si viviera aún... A propósito de esto, ¿qué edad tenéis, camarada?

—Diez y nueve años y medio—respondió Juan Rubio.

—Exactamente lo mismo que yo—exclamó Juan Moreno juntando ambas manos en ademán de sorpresa.—No hay más que un punto en que discrepemos, y éste es el compás de la jarra, que Dios bendiga.

Juan Rubio, efectivamente, no había podido despachar aún la primera; pero como el vaso era profundo y el vino muy fuerte, el hermoso joven empezaba á ver *lucecitas* delante de los ojos.

—Jamás en mi vida he bebido tanto vino, camarero—dijo,—y creo que se me va la cabeza. Eso no obstante, aunque no os interesen mucho mis recuerdos, oigo con gran placer vuestra historia...; continuadla, os lo ruego.

—No es muy largo lo que queda por contar—repuso el paje.—Cuando llegué al castillo de la Marche era aquello una plaza tomada por asalto. La duquesa Isabel y su hijo andaban por donde Dios quiso y mi padre puso también los pies en polvorosa. En el castillo se me dió una educación muy mediana; empecé por lacayo, ascendí luego á paje y ahora ingreso ya entre los hombres de armas. No he vuelto á ver jamás ni al joven duquesito, á quien debía yo prestar el raro servicio que sabéis, ni tampoco á mi padre y mi hermana. En cuanto á ésta, no obstante, cuando hace dos meses vi por primera vez á mi joven y noble señora Blanca... Pero, bah, todo eso son quimeras, camarada, y en el mundo en que vivimos no sobrevienen las aventuras como en la leyenda del rey Artús, ó en la historia del arrogante sobrino del gran emperador Carlomagno.

Juan Moreno sorbió otro trago, y añadió:

—He dicho. Ahora, si en vez de confiarme retazos de novela gustáis referirme prosaicamente vuestra historia, tendré en ello sumo placer, pues os quiero ya entrañablemente, mi nuevo amigo.

—Pero ¿qué queréis que os diga? Yo no tengo historia alguna, ó más bien mi historia se reduce á lo que vos llamáis fragmentos de leyendas. Arrancado de esos nobles recuerdos, me veo trasladado á un humildísimo albergue situado en el fondo de una floresta. Véome allí retirado, y quizá oculto, bajo la custodia de un hombre excelente á quien llamábamos *nuestro amigo*, hombre á quien en mis diversos sueños transformo en un viejo servidor de mi familia.

—¿Conque acariciáis con insistencia la idea de vuestra familia?—interrumpió Juan Moreno.

—Hay una circunstancia, que luego os diré—replicó el caballero,—que me induce á alimentar este pensamiento á pesar de la excesiva pobreza de mi madre.

—¡Ah!—dijo el paje cambiando de tono, cuya voz tomó un acento de generosa envidia,—¿vos tenéis madre?

Los ojos de Juan Rubio se humedecieron, y murmuró:

—¡Una hermosa, una noble, una santa mujer!

El paje le estrechó entrambas manos, y gritó poseído de una emoción que no le era habitual:

—¡Así es como debe hablarse de una madre! Ahora os quiero mucho más. Continúa.

—Desde la edad en que empecé á tener uso de razón—prosiguió Juan Rubio,—mi existencia toda entera se ha pasado en medio de aquella soledad. Decíanme siempre: «No te alejes nunca de aquí, porque tienes enemigos»; y esto me lo decían en el mismo tono con que se suele decir á los niños: «Si no eres bueno, se te comerá el lobo.» Y yo me quedaba casi siempre en nuestro hogar, en donde el amigo me enseñaba á leer, escribir y rezar.

—Por lo visto, os enseñaba también otra cosa—dijo el paje tocando con el dedo el bruñido pomo de la espada de su compañero, la cual sobresalía más de medio pie por encima de la mesa.

El guapo mocito, cuyo semblante había tomado una expresión melancólica, al oír estas palabras dijo con franca sonrisa:

—¡Santo Dios! ¡Mi pobre amigo, profesor de esgrima! No, no; el excelente varón no sabe más que hojear sus viejos libros y buscar, con la ayuda de Dios, el medio de convertir el plomo en oro fino.

—¿Es, pues, un hombre consagrado á buscar la piedra filosofal?

—Es un dignísimo cristiano que acaricia también sus sueños lo mismo que vos y yo, camarada... En cuanto á esto—prosiguió, tocando el puño de su espada,—es artículo de contrabando. Ni el excelente amigo, ni mi buena madre, saben siquiera que yo haya tenido jamás en mis manos un acero. A cosa de dos leguas de la choza en que habitábamos, no lejos de la parte abierta de la floresta, levantábase un noble castillo. Era todavía un niño cuando encontré, un día en que hice una escapada, á un soldado completamente cubierto de hierro y armas, quien me montó en la grupa de su caballo, diciéndome que me parecía mucho á alguien á quien había querido profundamente. Roguéle entonces que me enseñara á manejar las armas como un caballero, y desde aquel día el soldado se presentó dos veces por semana á darme lección en cierto claro ó plazoleta, en el interior del soto. ¡Oh!, aquel hombre era un bravo en toda la extensión de la palabra; ¡y pensar que no compareceré ya más á la cita!

—¡Buenas, en verdad, fueron las lecciones que recibisteis!; porque yo que soy el discípulo favorito de un hombre que nada teme en el mundo, como no sea la infernal zancadilla napolitana de Vicencio Tarchino, mi jefe; yo, que soy el primer alumno de Jerónimo Ripail...

Juan Rubio dió un salto sobre el taburete en que estaba sentado.

—¿Jerónimo Ripail?—repitió;—compañero mío; todo lo que nos sucede es como un sueño; Jerónimo Ripail es el nombre también de mi amigo el soldado.

El vaso que el paje levantaba para beber se le quedó á mitad del camino de los labios.

—¡Hasta esto!—gritó el paje.—Vive Dios, que pa-

rece que estamos embaucándonos reciprocamente. ¿Por ventura vuestro misterioso albergue de la floresta se hallaba situado en el condado de la Marche?

—En las riberas del Creuse—respondió el hermoso doncel.

—¿Y el noble castillo de que me hablabais hace poco?

—Era el castillo de Benevent, en donde solía residir el señor de Graville, conde de la Marche.

—¿Y en dónde se dignaba habitar también—añadió el paje—el alto y poderoso señor Juan Roldán ó Juan Moreno, paje de madama Blanca de Armagnac?

Juan Rubio volvió la cabeza al oír este nombre por ocultar los colores que le salían al rostro; pero Juan Moreno tenía buena vista.

—¿Y nosotros hemos vivido así años enteros, cerca uno de otro—dijo,—para venir á darnos al fin de narices en la posada de la tía Amapola?... Francamente, es esto muy raro.

En tanto que iba hablando observaba con disimulo á su compañero, á quien dirigió de improviso esta pregunta:

—Entre las personas que habitaban el castillo de Benevent, ¿no conocisteis más que al valiente Jerónimo Ripail?

—Nada más que á él.

—¡Qué sé yo!—dijo el paje;—pareceme, sin embargo, ahora que caigo en ello, haber visto alguna vez deslizándose por el fondo de la selva, cuando íbamos de caza, una ropilla azul muy semejante á la vuestra. Por cierto que os exponíais, porque si podía remendarse vuestro vestido, no habría sido tan fácil tapar los agujeros que os abrieran en el pellejo.

—¿Por qué me he de obstinar en ocultarlo?—dijo

el caballerito.—¡Ay, sí, es bien cierto! ¡Yo abandonaba á veces el hogar de mi madre cuando oía resonar las trompas de caza en el bosque, y yo echaba entonces á correr con la frente ardiendo y el corazón triste en busca de los cazadores; mas cuando llegaba á divisarlos mi desesperación era mayor aún! ¡Parecíanme tan dichosos todos aquellos hidalgos! ¡Eran tan bellas y altivas aquellas cazadoras! Yo miraba, y mi corazón se deshacía en latidos; y cuando por la noche volvía á penetrar en el hogar de mi madre, mi madre me decía: «Juan, pobre hijo mío, has vuelto á llorar otra vez.»

—Un día...—añadió súbitamente con el acento de un hombre que va á hacer una importante confidencia. Pero se interrumpió en seco y no dijo nada más, limitándose á bajar los ojos.

—Será, pues, preciso—dijo Juan Moreno—que sea yo quien acabe de referir la aventura. Un día mi joven camarada Juan Rubio vió cruzar como en un sueño de color de rosa aquellas cazadoras tan lindas, que parecían arrastradas por un turbión de placeres..., y Juan Rubio se volvió loco. Poco después se escapó de la miserable cabaña de la floresta, en donde su madre llora en la actualidad su fuga, para venirse á París, siguiendo á distancia los pasos de la más bella de todas las cazadoras...

Todo esto fué dicho de una manera que no podemos describir y en un tono de sin igual ternura y verdadera alegría, pues en medio de la punzante ironía de las palabras reflejábese una exquisita sensibilidad.

Poseía indudablemente un hermoso corazón el gran taimado de Juan Moreno. Había sido un buen adivino esta vez, pues el pobre Juan Rubio vertía lágrimas de fuego oyendo contar su propia historia.

—¡Mi madre, mi pobre madre!—exclamó el infe-

liz, enjugando con sus manos sus ojos humedecidos. Y luego añadió:

—¿Pero quién os ha dicho todo eso?

—Mi dedo meñique—replicó Juan Moreno,—y además un poquito de filosofía que he ido aprendiendo á un lado y á otro en medio del mundo. Me habéis dicho que no veniais aquí por la preciosa Mireta, y sé que sois incapaz de mentir; pues bien; no hay en esta posada más mujeres que Mireta, la Amapola, su madre, y las lindas cazadoras del bosque de Benevent. Yo no tenía más que optar entre la mesonera y las radiantes cazadoras... ¡Cáspita, compañero, vos no podéis tener el gusto estragado, y no hacéis, en verdad, mala elección.

El Rubio miró al paje con ojos despavoridos y empezó á balbucear:

—Conocéis mi secreto, y sin embargo, no os lo he revelado. ¡Si, habéis adivinado mi locura! Vos sabéis (y sólo Dios sabe quién os ha descubierto este misterio), vos sabéis que yo, el pobre desgraciado sin fortuna y sin nombre, me he atrevido á elevar mis pensamientos hasta Blanca de Armagnac, heredera del ducado de Nemours y prima del rey nuestro señor.

Faltó poco para que Juan Moreno diera en tierra con toda su humanidad. Volvió á colocar en la mesa su copa y se puso en pie de un salto.

—No—exclamó, dejando caer sus brazos;—por mi fe de hombre de honor, camarada, os juro que jamás habría adivinado lo que me acabáis de decir.

La inquietud y el malestar del caballero iban en aumento y miraba ya á su compañero con un ademán de angustia y hasta de cólera.

—Por lo que hace á vuestro secreto—añadió el paje golpeándose el pecho con violencia,—está aquí y de aquí no saldrá jamás; os doy de ello mi palabra de soldado. Pero, Dios me perdone, ¿ignoráis

por ventura que Blanca de Armagnac, mi noble señora, es la prometida del señor conde de la Marche?

—Ya me lo habían dicho—replicó Juan con el mayor desaliento.

—¿Que el señor conde de la Marche está enamorado de ella—continuó el paje,—y que aun cuando no fuera así llevaría también adelante la boda, porque es ambicioso y quiere ser duque de Nemours?

—Y Blanca—murmuró el guapo mocito—¿le ama también?

—¡Ah, Juan, mi pobre amigo!—dijo el paje con acento de verdadero pesar;—¿qué os importa eso? Ahora mismo os creía prendado de una dama de mi señora, y aun esto me parecía bastante audacia y atrevimiento... No os incomodéis, por Dios, amigo mío, y no llevéis la mano á vuestra espada; no hablaría de otra manera á mi propio hermano.

Dió una vuelta alrededor de la mesa y vino á apoyarse en el hombro de su camarada, á quien continuó diciendo:

—Escuchadme. No sé por qué os amo, Juan, mi pobre Juan; pero si para volveros el juicio que habéis perdido es necesario que os dé alguna estocada ó que la reciba de vuestras manos, estoy decidido á hacer este sacrificio.

Había en el fondo de esta amenaza un cariño tan fraternal que el caballerito dirigió al paje una mirada de tierna melancolía.

—¿Es, pues, absolutamente imposible?—le preguntó.

—Decidme que queréis coger la luna con las manos—repuso el paje,—y yo procuraré ayudaros para que podáis alcanzarla...; pero no pretendáis á Blanca de Armagnac, porque valdría más que os arrojarais al Sena con una piedra atada al cuello.

—Sin embargo—dijo Juan Rubio, cuyos ojos bri-

llaron con súbito resplandor, —¿si yo fuera también noble, tanto como ella, y la suerte ó lo por venir me hicieran poderoso?

—Explicaos—dijo el paje.

El caballero se desabrochó rápidamente á pesar de que sus manos, trémulas de emoción, no andaban muy expeditas. Entretanto Juan Moreno iba diciendo:

—Es preciso que me hayáis fascinado, compañero, para que yo tome así en serio vuestra locura. ¡Cáspita!, ¿es un talismán lo que vais á presentar ante mis ojos?

Juan Rubio hizo saltar el último corchete con la hoja de su daga y abrió con un gesto de impaciencia la pechera de su camisa. Sobre su pecho, encima del corazón, el paje distinguió un escudo perfectamente dibujado con todos sus accesorios. Su fisonomía tomó el aspecto de una curiosa sorpresa y acercó una lámpara para examinar más detenidamente y mejor lo que veía.

—¡Plata con un león de gules!—murmuró.

Y añadió luego apoyando su frente en la mano:

—¡Incomprensible!

—Y bien—dijo Juan Rubio,—¿qué decís de esto, camarada? Ved aquí la divisa que grabaron en mi pecho cuando yo era niño. Mi madre no ha querido jamás darme explicación alguna; pero nuestro amigo, que es un hombre cándido y fácil de sondear, ha dejado escapar á veces algunas palabras que han abierto todo un mundo á mis ojos.

Juan Moreno seguía absorto y repetía:

—¡Incomprensible! ¡Incomprensible!

Por de pronto el arrogante mocito creyó tener la partida ganada.

—Y bien, compañero—preguntó por segunda vez,—¿qué decís de esto?

El paje sacudió lentamente la cabeza.

—Yo digo—replicó,—que muchas gentes atribuirían esto á milagro ó á arte de brujería. Yo digo que vos y yo estamos unidos por un lazo que lo por venir explicará.

Juan Rubio se volvía todo oídos para escuchar; pero cada una de aquellas contestaciones se presentaban en su espíritu como otros tantos enigmas.

—Yo digo—concluyó Juan Moreno,—que si no tenéis otro motivo para esperar, me atengo á lo de que cojáis una piedra y os precipitéis en el río de cabeza.

Esto diciendo, se desabrochó también la chupa con presteza, y en mucho menos tiempo del que se necesita para referirlo abrió la camisa y descubrió también su pecho desnudo.

Juan Rubio miró, exhaló un grito y se quedó estupefacto.

Sobre el pecho de Juan Moreno, y encima de su mismo corazón, veíase un escudo perfectamente delineado con todos sus accesorios. Este escudo, en un todo semejante al que exaltaba las novelescas ilusiones del joven rubio, contenía también un león de gules en campo de plata...

Juan Moreno continuaba sentado á la mesa, triste, pensativo y sin reparar en que tenía lleno el vaso. Juan Rubio paseábase á grandes pasos arriba y abajo del salón de la posada.

—Sí—decía profundamente agitado,—acabáis de probármelo; mis esperanzas carecen de todo fundamento, mis ilusiones son insensatas. ¡Todo es imposible! Entre ella y yo media la profundidad del abismo... Ella es grande, es poderosa, es princesa; y yo, yo soy pobre, yo soy débil, yo ni siquiera conozco el nombre de mi padre.

Detúvose delante de Juan Moreno y cruzó con fuerza los brazos.

—Aún me quedo corto, ¿no es verdad?—preguntó

con amargura.—¿Habría que buscar una palabra más expresiva que la palabra *imposible*?

Juan Moreno trató de tomar sus blancas manos para calmarle, pero el hermoso doncel retrocedió un paso é irguióse de repente; sus ojos brillaban, y sobre su frente centelleó un rayo de indomable fuerza y energía.

—¡Y bien! —exclamó;—á mí me consta, sin embargo, que hay una cosa más imposible todavía, y esta cosa es la idea de hacerme renunciar á mis esperanzas.

Juan Moreno le miraba, y sus ojos se enternecían más, expresando una compasión cariñosa á medida que el arrogante mocito se exaltaba más y más.

—Sí—insistía Juan Rubio elevando al cielo sus humedecidos ojos,—es más que locura todavía, es hasta una impiedad pretender matar en mi alma ese sentimiento purísimo que es obra de Dios; este sentimiento inefable, al cual debo por segunda vez la existencia; este sentimiento, en fin, que me ha hecho conocer un mundo de emociones y de sacrificios, inflamando mi corazón y dándole fuerza y valor.

—¿Pero contra quién estás perorando, Juan, pobre Juan?—murmuró con dulce suavidad el paje.

Toda la exaltación de Juan Rubio se vino abajo ante estas sencillas palabras.

—Compañero—prosiguió el paje, quien logró esta vez apoderarse de una mano del caballero,—es evidente que hay entre nosotros un misterioso vínculo. No es posible que sea la casualidad quien nos haya puesto el mismo nombre y marcado con idéntico signo nuestros pechos. Quizá seamos hermanos; ¡oh, yo bien lo quisiera!... Y si no lo somos por la sangre, lo seremos por el corazón; ¿no es verdad, Juan, amigo mío?

El rubio caballero le apretó silenciosamente la mano.

—Digote, pues—prosiguió el paje,—hablando desde ahora como si me dirigiera á un hermano: Juan, soy tuyo en cuerpo y alma. La prudencia no es mi virtud predilecta; te he ofrecido consejos prudentes, porque mi pobre cabeza ha llegado á parecer casi sesuda en comparación de tus arrebatos. No te incomodes si te digo que estoy resuelto á volverme loco sólo por darte gusto.

Volvió á tomar su olvidada jarra de vino y vacióla de un trago.

—He aquí, pues, la esencia de nuestro pacto—añadió;—abandonamos desde este momento todas las ideas razonables para arrojarnos á ciegas en los abismos de lo imposible. Sea; que también podrá trampear la cosa en estas esferas como en las demás de la vida. Tú has abandonado á tu madre, cuyo solo nombre hace asomar las lágrimas á tus ojos, por andar en pos de una quimera ó un delirio; sigamos, pues, juntos la marcha. Cuando se juegan partidas como ésta, puede decirse que hay la seguridad de naufragar; naufraguemos, pues, uno y otro á un tiempo mismo. Has hecho un largo viaje desde el condado de la Marche hasta París, has atravesado la Turena y el Berry, el Orleanesado y el país de Sologne, has llegado, por fin, aquí no sé cómo, y esto ya es mucho; pero á buen seguro que tú no sabes ahora á qué conducirá tanta pena y tanta fatiga. Yo, por mi parte, voy á intentar darte la mano para adelantar un poco en el camino. Esta noche se celebra en el palacio de la Marche una fiesta como jamás se haya visto otra igual y como no se volverá á ver, sin duda, en todo el reino de Francia. Dícese que Mosén Olivier ha gastado con este motivo veinte mil escudos de oro, cuya cantidad es equivalente al rescate de diez ca-

balleros. Tú asistirás también á esta fiesta, Juan, amigo mío, y si tu santo patrón te presta un poco de audacia, podrás hablar con tu dama y señora mía.

Juan Rubio, que había ido escuchando sin proférer una sola palabra, se arrojó al cuello del paje, estrechóle entre sus brazos, y exclamó:

—¡Gracias, gracias! Tienes razón; tú eres mi hermano; después de mi madre y de Blanca nada hay en el mundo que ame yo tanto como á ti.

Luego, el arrogante mocito, que ya hemos dicho que estaba sujeto á cambios bruscos, se dejó caer otra vez sobre su asiento y perdió la expresión de alegría que acababa de brillar en su semblante.

—¿Me atrevería yo...?—murmuró.

—El capellán del castillo de Benevent—dijo Juan Moreno—me leyó una vez un gran libro que contenía cosas más extraordinarias que las que maquinan. En ese libro todos los pajes acababan por casarse con princesas; todos los reyes, lejos de fijarse en las damas más nobles y distinguidas, volaban á las praderas para rendirse de hinojos á los pies de las humildes pastoras. Tú eres joven, tú eres guapo y tienes mucho corazón; ¿quién sabe lo que te reserva lo por venir?

—¿Me atrevería yo...?—repetía Juan Rubio, cuya mirada iba perdiéndose en el vacío.

Sacudió lentamente la cabeza como si tratara de ahuyentar las quimeras que le asediaban, y dijo:

—Has trazado con toda exactitud mi historia, hermano. Yo he seguido á Blanca porque una fuerza invencible me ha impulsado á hacerlo. No sabía adónde iba y no me habría detenido, tal era mi enajenación, hasta el fin del mundo. Hoy al cerrar la noche, cuando he visto á Blanca y su escolta entrar en esta posada, me he quedado fuera porque no había ya ni un miserable dinero en mi pobre bolsa.

Durante dos interminables horas he recorrido todos los albergues arruinados y todos los huecos de las murallas cubiertos de musgo; luego he divisado esta ventana abierta y he intentado escalarla sabe Dios por qué, sin más objeto que acercarme á ella... Pero ¿por qué Blanca de Armagnac y su comitiva se han apeado en este mesón, á dos pasos del palacio de Orleans, del cual la regente hizo merced al señor de Graville, y á un cuarto de legua del castillo de la Marche, que Mosén Olivier debe también á la real munificencia?

—Por aquí va á empezar tu educación, hermano Juan—replicó el paje;—mi respuesta empezará á hacerte entrar en el mundo de la gente civilizada. En la casa del señor conde de la Marche nadamos, enténdelo bien, en medio de un océano de galanterías. Los mismos caballeros de la Tabla Redonda y sus damas tan queridas y celebradas no fueron nada en comparación de nuestras damas y nuestros caballeros. Si Blanca de Armagnac no ha echado pie á tierra en el palacio de Orleans, ha sido porque de ese edificio no quedan más que sus anchos muros y sus góticas ojivas. Sobre el solar que ocupaba este monumento, Mosén Olivier proyecta edificar un verdadero palacio encantado para su bella ingrata. Dícese que las maravillas de Babilonia quedarán eclipsadas por las magnificencias prometidas á ese nuevo paraíso... Pero entretanto el palacio de Orleans está sin techumbre, y Blanca no habría hallado en él cuatro pies cuadrados de extensión para ataviarse para la fiesta de hoy.

—¿Ataviarse ahora?—repitió Juan Rubio.

—¿Te has figurado, acaso, que estamos aquí para dormir? Dígame que estamos metidos hasta los codos en las cosas del encantamiento; cualquiera diría que nada le cuestan los escudos al señor de Graville, porque materialmente los está sembrando, á

Dios gracias, á manos llenas. El palacio de la Marche no sirve para el caso mejor que el de Orleans; en el primero no hay techumbre y en el otro hay cielos de zafiro cuajados de estrellas de oro; murallas convertidas en hermosas praderas, gracias á la artística habilidad de los italianos; un templo edificado en dos noches, según el modelo del que el sabio rey Salomón empleó veinte años en construir; hay púrpura de Tiro, oro y perfumes de Arabia, magos, serpientes, reyes, guerreros, ídolos; esto sin contar las setecientas esposas y las trescientas esclavas del hijo de David en la época de su prevaricación.

Juan Rubio abrió los ojos y trataba de darse cuenta de lo que oía; pero ni que le hubieran hablado en griego se habría quedado más en ayunas de todo.

—Tú te figuras que ando por un mundo fantástico, hermanito mío—prosiguió el paje recobrando poco á poco su habitual alegría;—tienes razón; pero no soy yo quien delira, sino el caballero Gravelle, nuestro señor. Todas esas cosas magníficas que acabo de enumerar deben servir para la fiesta de hoy, espléndida, inaudita, milagrosa, que debe empezar á las dos y concluir Dios sabe cuándo. Asistirá á ella la señora regente de Francia, que debe representar el papel de esposa predilecta de Salomón, es decir, la que gobernaba á las demás, y era, según es fama, hija del Faraón. Los grandes señores de la corte van á ir disfrazados de levitas los unos, de guerreros los otros; y de jueces y fariseos, jubencos, fereneos y otras clases de gentiles, los demás; Guillermo de Soles, de quien probablemente habrás oído hablar, pues era hace poco gobernador del castillo de Benevent, representará el papel de traidor Adonias; por cierto que nunca se habrá visto más triste cara para representar con propiedad tan triste papel, porque á este Guillermo de Soles,

que dicen fué el hombre de confianza de los antiguos señores de Armagnac, á quienes vendió por no sé cuántos dineros, parece no le ha aprovechado mucho su traición, pues sobre no haber obtenido la cuarta parte de las promesas que se le hicieron, anda tan taciturno y cariacontecido que cualquiera le tomaría por un Prometeo ocultando su buitre entre la coraza y el corazón.

—Y Blanca—interrumpió Juan Rubio,—¿no des- empeña ningún papel en este misterio?

—No hay más que un personaje elevado que se haya quedado sin invitación, y éste es el rey, por cuyo motivo es el único que no representa ningún papel—dijo el paje.—Pues qué, ¿no has adivinado aún que toda esa fiesta se celebra por Blanca, y que ella será hoy la primera figura y la primera parte del misterio? En este mismo momento la señorita está rodeada de sus doncellas, que la disfrazan de reina de Saba.

—¿Y crees que se presta voluntariamente á representar este papel?—volvió á preguntar el mozo con una voz que apenas podía disimular su emoción.

—Hermano mío—replicó Juan Moreno, que no pudo ya contener su buen humor,—quizá ella ignoraría que esto no era de tu agrado.

Juan Rubio le miró de un modo significativo.

—Vamos, vamos—murmuró el paje,—reconozco que he hecho mal; estás aún demasiado enfermo para poder bromear con tu enfermedad; perdóname, que no volveré á chancearme... Blanca ha aceptado este papel porque no podía tampoco obrar de otra manera, y además porque el traje de reina de Saba es arrebatador y á las jóvenes les gusta lucir... El mal está en que va á haber jaleo, yo lo presumo, entre la esposa preferida de Salomón, que es madama Ana de Francia, y esa bella reinecita de aven-

tura que viene desde tan luengas tierras para coquetear con el sabio monarca.

Juan Rubio estaba preocupado, y preguntó:

—Y la reina de Saba ¿no acaba hoy su papel haciéndose prometida de Salomón?

Esta vez, por más que hizo, no pudo reprimir el paje su hilaridad, y acabó por soltar el trapo, diciendo entre carcajadas:

—¡Caracoles!, nada sé de esto á punto fijo. De todas maneras, no olvides que no es lo mismo prometerse que casarse, y que si Blanca, mi señora, no se disfrazara de reina de Saba, no podría yo tampoco cubrirte con un traje de alabardero de esta princesa, que estaba destinado para mí, y gracias al cual tendrás libre acceso en el palacio. No te lamente, pues, y vente conmigo á echar un sueño en tanto que se acerca la hora solemne de la representación.

IV

LA HORA IMPREVISTA

Como la posada estaba llena, el pobre Simón se vió obligado á salir de su pocilga para que pudieran ocuparla nuestros dos loquitos. No le quedó entonces al pobre mancebo más recurso que el de volver á errar por la gran sala, en donde poco antes había pasado tantos miedos y sobresaltos, é instruído por la experiencia empezó por cerrar entrambas ventanas, acomodándose luego para dormir tendido sobre una mesa.

Pero estaba escrito que ésta sería para él una noche preñada de aventuras.

Haría apenas diez minutos que se habían recogido los dos jóvenes y estaban dando aún las once en las iglesias vecinas, cuando empezaron á llamar violentamente en la puerta de la calle. Natural-

mente, Simón hizose el desentendido, ya porque podían muy bien ser los dos lobos-fantasmas los que trataban de volver á entrar valiéndose de este ardid, ya también porque los edictos reales prohibían abrir los establecimientos públicos después del toque de silencio.

Los que esperaban en la calle dejaron pasar cosa de un cuarto de minuto, volviendo luego á sacudir la puerta con golpes que revelaban bastante impaciencia. Mireta apareció entonces debajo de la gran escalera del fondo de la sala.

Simón, que creía estar solo, no las tenía todas consigo, pues los golpes hacían estremecer la puerta y empezaban á oirse en la calle fuertes juramentos y otras interjecciones. No cabía duda de que los que llamaban eran hombres de guerra. Mireta llamó á Simón, cuyo primer movimiento fué, según costumbre, el de echar á correr. Púsose la niña á la luz de la lámpara para tranquilizarle, y le dijo:

—Encarámate sobre un taburete y mira quién es por el ojo de buey que hay encima de la puerta.

Simón obedeció temblando y vió á la luz del candil, que estaba suspenso en la fachada del mesón, dos grupos distintos, uno de los cuales se había formado junto á la puerta, mientras que el otro permanecía algo separado. Componíase el primero de un hidalgo y dos hombres de armas. Estos llamaban como dos sordos, y el caballero, que tenía un aire muy triste y macilento, aguardaba inmóvil con los brazos cruzados sobre el pecho.

—¿Le conoces?—preguntó Mireta.

—Tengo idea de haber visto en alguna parte á ese señor con su cara de Cuaresma—replicó Simón.— Pero escuchad á los soldados, que piden que se les abra en nombre de la Marche, amenazando con prender fuego al mesón.